

Cuando don Quijote habla, hace insurgir lo que pudiéramos llamar *divismo* literario. Habla a cabreros o a caballeros, y le es igual; que no le importa que los unos se emboben o los otros se burlen, y apenas si algo le agrada es que le escuchen. Se olvida de comer y beber—eso queda para Sancho, y para los Sanchos—porque sus levantadas razones, rutilantes de la más extraordinaria y sin par belleza, son el pan de su espíritu y el vino jubiloso para la estrella que lleva dentro de su corazón. Y verran quienes han buceado y han investigado mucho para saber a ciencia cierta, con crítica exactitud de microscopio *por qué* el Caballero de la Triste Figura dijo aquéllo o afirmó estotro. Sin caer en la cuenta de que era el verbo de la Poesía, y en poesía no hay *por qué* ni *para qué*. No se extingue la sonrisa wildeana—«divina inutilidad del Arte»—y el poeta Clotet susurra: «porque sí, la razón más cierta.»

Como la estrella en el alto cielo horada con guiños de luz la seda del nocturno, y el ruiseñor prende su romanza de un rayo de luna, y besa el viento las lanzas de los álamos junto al sortilegio del río. Y—también—como el mar eleva su sinfonía sobre la espuma de las olas gigantes, cuyo ruido perdura en humildes caracolas... Así habló don Quijote.

\* \* \*

—«...con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de corsarios, y, finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos del mar y tierra estarían sujetos al rigor y a la confusión que trae consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas. Y es razón averiguada que aquello que más cuesta, se estima y debe de estimar en más.»

Abogando don Quijote por la supremacía de las armas sobre las letras, permaneció absolutamente fiel a su destino. «Yo soy yo y mi circunstancia.», filosofa Ortega.

Fué la más árdua y mármorea defensa que—en los siglos—haya podido hacer un profesional de su oficio, siquiera sea éste tan alto como el de la quimérica caballería. Profeso el seráfico don Quijote en la andante orden, veladas sus armas ante la pila y junto al pozo—salió a verlo la luna al balcón de la noche, burlona también, como el ventero, los arrieros y las mozas, aunque sólo un instante: del pozo y la pila brotaron resplandores de blanco milagro—; su «curioso discurso» tiene, luego, los indelebles caracteres de lo fatal. Lo pronunció así, y no debió ni podía hacerlo de otro modo. Ni una tilde sobra ni falta. Es el discurso del profeso y—además—del profesor. Las quijotescas sombras de Amadís de Gaula, Belianís de Grecia, Palmerín de Inglaterra y demás ardidos caballeros, lo escucharían en posición de firmes, suspensos el aliento y el ánimo, oyendo la áurea vibración de la voz del maestro, en el rito de sus definiciones estelares.

\* \* \*

«Jamás la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza», escribíame un amigo de las jornadas más jóvenes, cuando yo, lleno de ensueños literarios vestía la guerrera del soldado en la española corte.

Cierto. Jamás. Recordé entonces—es inevitable, naturalmente—a Garcilaso, el más claro símbolo de la unión de la lira y la espada. Amor, guerra, poesía, trazan el fugaz triángulo de su vida. En Foletá, en Túnez o en Viena, fué siempre el militar español, y basta, que más no puede decirse de soldado alguno de la tierra. Amó mucho—¡oh aquella «sirena del mar napolitano» de su verso, del verso de este hispano Petrarca que trajo, con el laurel de sus hazañas, los aires renovadores de la eterna Poesía!—, y murió muy joven, como amado que era de los dioses.